

La fábrica de harinas del Pontón



Desde 1995 los muros de la panadería acogen las aulas de la Ikastola Abusu

Elias Mas Serra

ENTRE la colección de litografías y grabados de nuestro Museo Vasco y con el número 90/1.209 figura una estampa del Molino del Pontón en el Paseo de los Caños obra de Pedro Pérez de Castro. La imagen romántica, dibujada en 1853, nos presenta la mole imponente del molino, casi como una casa torre, junto a un caudaloso Ibaizábal en su rápido viaje al encuentro de la Ría.

Fue en plena Guerra de la Convención, en uno de los más negros períodos de Bilbao y Bizkaia, cuando el Ayuntamiento de la Villa mandó levantar, en 1749, en el Pontón, cabe a sus límites jurisdiccionales, un poco antes de donde la Ría comienza a serlo y junto a la corriente fluvial, un molino "de cuatro ruedas en el que se molían doscientas fanegas de trigo diarias (cinco fanegas por hora). Contaba seis hornos, cinco corrientes, y tres de ellos se hallaban destinados a cerner" (sic), según la descripción de Estanislao Jaime de Labayru y Goicoechea en su obra: Historia General de Bizcaya.

Era, ésta, una instalación que daba trabajo a treinta y cuatro operarios.

Alejo de Miranda

En aquellos tiempos, aparentemente y realmente, malos Bilbao no llegó a parar, en modo alguno, su actividad constructiva.

Precisamente, en este período, sabemos que Alejo de Miranda, arquitecto y académico, estaba trabajando, y así se le citaba, en importantes expedientes para la Villa.

Lo hemos visto en estas mismas páginas al hablar del Plan Loredo, de la Plaza Nueva y del mismo Puerto de la Paz. Y mucho más habríamos hablado de él si no fuera porque, en su momento, optamos por comentar, desde aquí, únicamente aquellos edificios que permanecían en pie o de los que, al menos, quedaran vestigios susceptibles de ser identificados.

Porque, Alejo de Miranda —a quien se encomendó el proyecto de la Fábrica de harinas del Pon-

tón—, había participado, participaba y participaría en la avalancha pública de propuestas neoclásicas.

Hemos citado, antes, el Plan Loredo, la Plaza Nueva y el Puerto de la Paz, pero, además, habría que añadir el Coliseo de Comedias de la calle Ronda (1799) y el Peso y Alhóndiga de Bilbao (1807).

En ambos trabajos, que hoy conocemos sólo por los diseños y planos, Alejo de Miranda puso de manifiesto su extraordinaria capacidad y calidad de arquitecto.

Probablemente Miranda, con Humaran y Silvestre Pérez, constituyeron la referencia más valiosa de nuestro primer neoclásico. Pero es que la calidad de sus proyectos les sitúa en un plano muy superior al de la estricta cita local.

Basta analizar —en el caso de Alejo de Miranda— la propuesta que plantea para el Peso y Alhóndiga de Bilbao. Realiza, para el edificio, un ejercicio de arquitectura neoclásica comparable, al más alto nivel, a otros ejemplos que se dieron en el entorno cultu-

ral peninsular y europeo.

Alejo de Miranda realizó, también, importantes proyectos en el territorio de Bizkaia. Así, la iglesia de Santa María de Gorostiza en Nabarniz (1800) o diferentes diseños para algunas ermitas de Bremeo (Santa María en Básigo, San Pelayo).

Era, pues, Alejo de Miranda, un importante y docto profesional del que, en el momento de trasladarle el encargo del Molino y Fábrica de harinas del Pontón, su actividad en la zona era singular y reconocida.

De hecho, en este mismo año, se inauguraba el puente de madera de San Francisco, en cuyo diseño y autoría se había significado, a la vez que desarrollaba el trazado de

Las instalaciones, arruinadas y en desuso, fueron víctimas de la molición y de las inclemencias del tiempo



Litografía del Molino del Pontón, 1853. Pedro Pérez de Castro

Federico Arruti y Antón Boyra fueron los artífices del nuevo proyecto



una puerta principal de entrada a la Villa y una alameda en el Arenal. La Comisión de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando puso algunas objeciones y consecuentes modificaciones al proyecto del Arquitecto que, finalmente, por ello, y por las graves circunstancias que afectaron al país, no se vio materializado.

Fábrica de harinas y molino

Alejo de Miranda cumplió el encargo del Concejo Municipal y llevó a cabo el proyecto y la obra de la Fábrica de harinas y molino en el Pontón.

Dibujó, en aquel momento, un

Alejo de Miranda dibujó un interesante conjunto compuesto por tres construcciones: el molino, la panadería y el granero

interesante conjunto edificatorio industrial compuesto por tres construcciones: el molino, la panadería y el granero. A ellos se accedía desde Miraflores y la panadería y el molino, como es lógico, en este caso, tenían su fachada frente al río.

Es, por supuesto, uno de los restos industriales del período neoclásico en el País Vasco, y aunque, hoy por hoy, nos queda sólo el vestigio de la carcasa de la fábrica de harinas, sigue aportando, al menos, el testimonio de aquellos tiempos próximos al comienzo del siglo XIX.

En cualquier caso, hizo, Alejo de Miranda, un nada despreciable ejercicio de arquitectura del cual destaca lo que fuera la interesante tipología de la panadería, desarrollada en torno a un patio central.

La fábrica, levantada en mampostería, presenta un riguroso y austero orden de ventanas y se elevaba en un total de cuatro plantas sobre el terreno circundante.

Los edificios del molino y el granero, con parecidas componentes y parámetros arquitectónicos, respondían, aún más escuetamente, a sus funciones industriales, el primero y a las de contenedor, el segundo.

Los acontecimientos de la primera mitad del siglo XIX, complejos y azarosos, hicieron mella en el conjunto edificado que tuvo que ser reconstruido en, al menos, un par de ocasiones.

Así, el 8 de marzo de 1835, los carlistas dejaban en ruinas la panadería y el molino del Pontón tras atacar a las tropas liberales que allí se refugiaban. Poco tiempo después (el 15 de junio de 1835) recibiría, en Begoña, el sitiador de Bilbao: Zumalacárregui, la bala que acabaría con su vida y, en cierto sentido, con las escasas posibilidades del sitio que había emprendido.

Lo cierto es, como hemos apuntado, que la panadería y el molino del Pontón quedaron destruidos. Luego en el periplo de usos y destrucciones, la manufactura fue, por un momento, la Fábrica de Lencería de Miraflores arrendada, con este fin, por Máximo Aguirre.

Eduardo Coste y Vildósola reconstruyeron el molino tras la segunda Guerra Carlista. A esta reconstrucción o a un levantamiento anterior, corresponden unos planos de las ruinas de la vieja fábrica dibujados por el que fuera arquitecto municipal: Pedro de Belauzarán.

De alguna manera, las instalaciones se siguieron usando hasta los años veinte del siglo pasado. Desde entonces, arruinadas y en desuso, el edificio fue víctima de la molición y de las inclemencias naturales. Lo que quedaba del molino fue derrribado en 1987, quedando, entonces, en pie, únicamente, los muros de la panadería.

Estos muros que quedan del viejo complejo y que dan una buena idea del volumen edificatorio de aquella antigua panadería, pasaron, al final del siglo XX, a acoger las aulas de una ikastola.

Efectivamente, en 1995, la ikastola Abusu decidió ubicar ahí sus nuevas instalaciones. El proyecto, redactado por los arquitectos Federico Arruti y Antón Boyra, respetó el aspecto volumétrico de la panadería a través de los muros obrados por Alejo de Miranda. Dentro del perímetro de éstos se desarrolló, por otra parte, con conceptos actuales, el programa funcional de la dotación educativa.

De esta manera, esta singular obra de finales del siglo XVIII, sigue —aunque sea testimonialmente— dentro de nuestro patrimonio arquitectónico, recordando todo un pasado relativamente reciente e incierto y apuntando al futuro de las generaciones jóvenes que han hallado, a la sombra de sus viejas piedras, el acomodo para su tiempo formativo.